

CAPITULO VIII.

De los habitantes del aire
Llamando ya á los mortales.
MILTON. *Comus.*

Habiase dormido Julian mas ocupada la imaginacion en sus tristes reflexiones que en la ciencia mistica del caballero, y con todo eso, las visiones que le ofreció el sueño tuvieron mas relacion con lo que, sin querer, habia oido, que con los negocios mas importantes en que habia meditado.

Soñó que veía pasar rápidamente espíritus por delante de él, y que oía palabras inarticuladas que le dirigian fantasmas, que con las manos ensangrentadas le hacian seña para que avanzase, como á un caballero errante destinado á lúgubres aventuras. Mas de una vez despertó sobresaltado, tal era la impresion que le hacian estos sueños fantásticos; despertaba siempre con la idea positiva de que estaba alguno junto á su cama. El frio que sentia en los pies, el peso de los grillos, y el ruido que al moverse hacian le recordaban donde estaba y por que; los peligros, á que veía expuesto lo que mas amaba en el mundo, le hacian sentir un frio glacial mucho mayor que el producido en los pies por los grillos que tenia puestos. No podia volverse á dormir sin dirigir al cielo una súplica pidiendo su proteccion. Pero cuando por la tercera vez turbaron su reposo las mismas imágenes, se manifestó la conmocion de su alma por palabras, y no fué libre en exclamar: — Dios tenga misericordia de mí.

— Amen, respondió una voz suave, que al

parecer pronunciaba esta palabra muy próximo á la cabecera de su cama.

Era natural que pensara Peveril habia sido su compañero de infortunio Geoffrey Hudson quien habia respondido á una deprecacion adaptada á la situacion de ambos; pero el metal de la voz agradable, tan distinto del duro y aspero del pigmeo, le hizo concluir no ser él quien acababa de hablar. Se vió pues asaltado de un temor involuntario que no podia explicar, y no pudo, sin hacer un gran esfuerzo, hacer esta pregunta: — ¿Sir Geoffrey es vm. quien habla?

No respondió el enano. Repitió pues la misma pregunta, alzando mas la voz, y le respondieron en el mismo tono suave que antes diciendo:

— En tanto que yo esté aquí no despertará tu compañero. — ¿Y quien eres tú? ¿Qué quieres aquí? ¿Cómo has entrado? dijo Julian, amontonando las preguntas una sobre otra.

— Soy un ser infeliz, pero que te tiene afec-

to. Vengo para serte útil, lo demás no te debe importar.

Acordóse Julian entonces de haber oído decir que algunos tenían la rara habilidad de hablar como si partiera la voz del parage opuesto donde se hallaban. Creyendo haber penetrado el misterio respondió: — Esas chanzas no vienen al caso, sir Geoffrey. Hábleme vm. en el tono regular de su voz. Esos juegos de destreza no corresponden ni á esta hora de la noche ni á la prision de Newgate.

— Pero es lo que conviene mejor á quien te habla, contestó la voz, la hora es la mas triste de la noche; la morada es la mas terrible para los mortales.

Conmovidó ya Julian por la impaciencia, y resuelto á satisfacer su curiosidad, saltó bruscamente de la cama pensando echar mano á quien le hablaba, y cuya voz le hacia parecer muy cerca; pero en vano le intentó, pues solo abrazó al aire.

Dió una ó dos vueltas por el cuarto á la ventura, buscando con los brazos abiertos, pero

sin lograr algo más. Consideró finalmente que, hallándose trabado con los grillos, era imposible poder echar á nadie mano sin que el ruido que para ello hiciera le descubriese, dando tiempo al que le hablaba para separarse de modo que no pudiera cogerle. Determinó pues volverse á la cama; pero se engañó con la oscuridad y fué á la de su compañero. Dormía el preso profundamente, segun lo probaba su respiracion sonora. Paróse Peveril un poco á escucharle, y se convenció de que su compañero era un adepto en el arte de prestigios, y el mas habil de los ventrilocuos, ó de que habia entonces en este cuarto bien cerrado una tercera persona, cuya presencia bastaba para hacerle creer que su naturaleza era de otra especie que la humana.

No era Julian de los inclinados á creer cosas sobrenaturales; pero este siglo estaba muy distante de no creer las apariciones, como el nuestro, y Julian podia muy bien admitir las preocupaciones de su tiempo sin dejar de tener buen juicio. Se le comenzaron á erizar los cabellos, entrándole un sudor frio. Finalmen-

te, llamó á su compañero en voz alta, y le pidió, por amor de Dios, que despertara.

— ¡Qué tenemos, respondió el enano en sueños, con que sea de día! Vaya vm. con mil diablos. Dígale al escudero mayor que no iré con él á caza si no me da la jaca negra.

— Dígole á vm. que hay gente en el cuarto, le gritó Julian. ¿Tiene vm. chismes para encender.

— Que importa que no sea la jaca fogosa, replicó el durmiente siguiendo siempre la misma serie de ideas que le trasportaba, sin duda, al tiempo en que hacia parte de los que cazaban con el rey en el bosque de Windsor: yo la haré andar, y sobre todo yo no peso mucho. Ya le digo á vm. que no quiero ese gran bruto caballo Holstein, que no puedo montar sin una escalera, y de modo que todos piensen estoy montado en un elefante.

Julian tomó el partido de asirle por el brazo y tirarle con fuerza despertándole al fin, y Geoffrey Hudson, medio roncando y bostezando, le preguntó algo enfadado qué diablos tenía.

— Sí, respondió Peveril, yo creo que ahora está en nuestro cuarto el diablo en persona.

Al oír esto, se santiguó el pigmeo, y levantándose muy apresurado, echó lumbres y encendió un cabo de vela, que decia estaba consagrado á santa Brigida, y tenia la virtud de ahuyentar los espíritus malignos de cualquier parte donde llegaba su luz, como la yerba llamada *fuga demonium*, y como el higado del pez quemado por Tobias en la casa de Raguel; pero siempre con la condicion, añadió el enano circunspecto, de que hubiese diablos en otra parte que en la imaginacion de su compañero.

Por consecuencia, no bien se iluminó el cuarto con los rayos que salian del cabo bendito, cuando Julian comenzó á dudar de la evidencia de sus sentidos, porque no habia en el cuarto mas gente que él y Geoffrey Hudson, la puerta estaba tan bien cerrada, que parecia imposible hubiesen podido abrirla, y sobre todo cerrarla despues sin hacer un ruido que necesariamente debería él sentir, pues estaba paseándose por el cuarto mientras que quien

le hablaba debia tratar de retirarse, caso de que fuera criatura humana.

Julian observó por algun tiempo con tanta atencion como sorpresa la puerta bien cerrada y la ventana con las barras de hierro, comenzando en consecuencia á culpar á su imaginacion por haberle dado un chasco tan desagradable. No respondió cosa particular á las preguntas de Hudson, y habiendo vuelto á su cama en silencio, le oyó pronunciar un largo discurso de los méritos de santa Brigida, formado de casi todo lo que traia la leyenda, concluyendo por asegurar que, segun la tradicion conservada, esta grande santa fué una persona de la mas corta estatura, excepto la de las mugeres pigméas.

Luego que acabó de hablar el enano, Julian, que habia experimentado el efecto soporifico de su discurso, volvió á dar un vistazo por el cuarto alumbrado aun por el cabo bendito, y cerrando los ojos, durmió tranquilo sin que nadie le inquietara en el resto de la noche.

Resplandecia la aurora en Newgate como en la montaña mas elevada sobre cuya cima pu-

diera plantarse un habitante del pais de Gales, ó una cabra montés, pero penetrando de un modo tan diferente los rayos del sol en esta morada del desconsuelo, que parecia estaban tambien presos.

Con todo eso, Peveril percibió la luz del sol, y se persuadió con facilidad de que todo cuanto habia oido por la noche era efecto de su aprension, y se sonrió de que cuentos ridiculos, tan semejantes á otros referidos á su presencia en la isla de Man, hubiesen podido hacer tan fuerte impresion en su ánimo, contándolos un hombre como Geoffrey Hudson en la soledad de una carcel.

Antes que Julian despertara, ya se habia levantado el enano, y estaba sentado á un lado de la chimenea, encendido ya el fuego; y habiendo puesto sobre él un pucherito, que le hacia dividir su atencion con un libro en folio, casi tan grande como él, y abierto sobre una mesa que tenia delante de sí.

Estaba embozado en la capa de que ya hemos hablado, que le servia de bata, como preservativo del frio, y cuyo collarin le llegaba

por detras hasta el gorro. Lo singular de sus facciones, y ojos armados de gafas, mirando unas veces al libro y otras al puchero que poco á poco hervia, le hubiera hecho Rembrandt formar deseos de pintarle como un alquimista ó un nigromántico, ocupado en hacer algun experimento raro, consultando un manual grande de su arte místico.

El cuidado del enano, sin embargo tenia otro objeto mucho mas util, pues que preparaba una sopa muy sabrosa para desayunarse, convidando á Julian para que le acompañara. — Yo soy soldado veterano, dijo él, y aun debo añadir un preso veterano, y sé mejor que vm., joven, como salir del paso. Mala peste para ese pícaro de Clink que ha puesto la caja de las especias donde no puedo alcanzarla. — ¿Me hace vm. el favor de dármela? Veala vm. sobre la chimenea. Yo le enseñaré á vm. á hacer la cocina, como dicen los Franceses; y entonces partiremos como hermanos, si vm. gusta, los trabajos de la carcel.

Julian convino sin detenerse en la propuesta amistosa del viejecito, y no le dió á enten-

der que no trataba de ser compañero suyo de cuarto sino poco tiempo. Lo cierto es que, aunque se hallara Julian enteramente inclinado á creer fuese una ilusion la voz que le habia parecido oír la noche anterior, estaba picado de curiosidad sobre como pasaria otra en el mismo cuarto. Por otra parte, el eco de la voz de aquel ser invisible que le habia infundido terror durante la noche, le excitaba una agitacion suave, un recuerdo que no tenia nada de incómodo, y que le causaba como un deseo de oírle de nuevo.

Los días pasados en una prision ofrecen pocos acontecimientos notables, el que siguió á la noche que acabamos de describir no presentó alguno. El enano dió á su compañero otro volumen como el que leia, y era un tomo de novelas olvidadas en el dia, y escritas por Scuderi, de quien Geoffrey Hudson era gran admirador, y que era por entonces de moda tanto en la corte de Inglaterra como en la de Francia, aunque tuvo el autor la habilidad de reunir en estos enormes en folios todo lo mas inverosímil y absurdo de las novelas antiguas de caba-

liería, sin lo bello de su viva imaginación; pero en desquite se leen allí todos los absurdos metafísicos que Cowley y los demás poetas de su siglo han acumulado tratando de la pasión del amor, metafísica que puede compararse con un gran montón de cisco echado sobre un fuego mal encendido, que le apaga en vez de conservarle.

Peró no tenía Julian mas alternativa que enternecerse al ver las pesadumbres de Artamenes y Mandana, ó meditar triste sobre su miserable situación, y en esta ocupación agradable se pasó la mañana.

A la una del día y al anochechar, recibieron nuestros dos presos la visita del llavero, que, con un semblante sombrío y avinagrado, les trajo el alimento ordinario, y les hizo, guardando el mayor silencio, los cortos servicios de que tenían necesidad, sin hablar mas que un oficial de la inquisición de España. Con la misma seriedad taciturna, muy diferente de la sonrisa que, por un instante, se le había notado la víspera, dió en los grillos algunos golpecitos con un martillo, para cerciorarse por

el sonido, de que no los había tocado la lima, y, subiéndose encima de la mesa, hizo la misma prueba en las barras de la ventana, concluyendo así la requisa.

Palpitábale entonces el corazón á Julian, y decía entre sí: — ¿No sería posible haber levantado uno de estos barrotes, de modo que se franquease la entrada al desconocido que nos hizo una visita la noche anterior? Pero el sonido claro y neto que cada uno de ellos dió cuando los tocó uno en pos de otro el martillo del vigilante Clink, fué para su oído tan experimentado una garantía la mas completa de que todo estaba en orden y seguridad.

— Seria difícil que alguno entrase por esta ventana, dijo Julian expresando en voz alta el pensamiento en que se ocupaba.

— Pocos pensarían en eso, respondió el llavero en un tono áspero, equivocándose en el sentido en que Peveril hablaba. Y yo puedo decirle también que sería tan difícil como salir por ella.

Retiróse, y llegó la noche.

El enano, que se había encargado de todos

los trabajos domésticos del día, se dió mucha prisa en arreglar todos los muebles del cuarto; apagó el fuego y puso en su lugar varias cosas que habian servido por el día. En tanto que hacia esto, hablaba alto consigo mismo, y siempre dándose importancia; ya diciendo que solo un soldado veterano podia tener la destreza necesaria para saber colocar cada cosa en su lugar; ya pareciendo todo admirado de que un cortesano de primera clase pudiera humillarse á echar mano de alguna cosa. En seguida, vino la repeticion de sus oraciones; pero no le volvió la gana de hablar como la noche pasada despues que acabó este acto de devocion. Por el contrario, Geoffrey Hudson, mucho antes que Julian cerró los ojos, le probó, por un murmullo poco armonioso, hallarse ya en los brazos de Morfeo.

Julian estuvo largo tiempo despierto en medio de la oscuridad, y con deseo violento, que no dejaba de mezclarse con algun temor, de oír otra vez la voz misteriosa que le habló la noche antecedente; y no se interrumpió el curso de sus pensamientos, sino cuando oyó

dar las horas en el relox del Santo-Sepulcro, iglesia vecina de la carcel. Apoderóse al fin un sueño ligero de sus sentidos; pero no habia dormido mas de una hora, segun su parecer, cuando le despertó la misma voz, cuyos acentos habia esperado en vano antes de quedarse dormido.

—¿Puedes dormir? ¿Quieres dormir? ¿Te atreves á dormir?

Estas fueron las preguntas que le hizo la misma voz suave y melodiosa de la noche anterior.

—¿Quién me pregunta de ese modo? dijo Peveril; pero no importa, sean sus intenciones buenas ó malas, voy á responder: — Yo soy un preso inocente, y la inocencia puede, quiere y osa dormir con tranquilidad.

—No me hagas preguntas, volvió á decir la voz, y no trates de inquirir quien te habla; pero sabe que solo un loco puede dormirse entre la perfidia y el peligro.

—¿Y tú, que me hablas de peligro, puedes indicarme el medio de poder evitarle ó combatirle?